

Boemio.

Momentos antes de la llegada del cupé del conde á la plaza de Saint-Germain-des-Pres, un hombre de unos veintiocho años, bajito y regordete, que venía de hácia el muelle, pasó por aquella misma plaza.

Caminaba á paso largo, gesticulaba con energía y lanzaba, sin preocuparse de las gentes que á su lado pasaban, gritos que debían ser música, á juzgar por el movimiento de su bastón, que parecía marcar el compás como la batuta de un director de orquesta.

Aquel hombre tenía un aspecto tan franco y parecía tan bueno, que inspiraba desde luego la mayor simpatía, pero no se podía decir que fuese guapo.

Más bien hubiera podido pasar por verdaderamente feo, á no ser por la animación que se notaba en su cara en aquellos momentos.

Era bajito y rechoncho, pero muy vivo.

No andaba, rodaba como una bola de *caouchouc*. Sus gruesas piernas parecían elásticas.

Su traje no tenía nada de elegante ni de confortable.

Apesar del rigor de la estación, no llevaba abrigo y el terno que vestía, del mismo color que el sombrero que llevaba, parecían cortados del hábito de algún padre capuchino.

Cuando entró en una de las casas de la calle

de Echaudé, se detuvo en el portal y entonó en voz alta el aria de *Fausto*:

¡Salve, dimora, casta e pura!

El canto hizo que saliera á su encuentro una anciana de rostro simpático, pobremente vestida, pero de una limpieza exquisita.

Paulino Escoubére, pues era el, puso la mano derecha en el corazón, á la manera de enamorado que va á declarar su pasión al objeto de su amor y tiró un beso á la anciana, que echándose á reír, dijo:

—¡Siempre de buen humor!

—¿Para qué cambiar, cuando se está bien?

—¿Está mi esposa, querida abuela Guignard?

—Creo que no.

—¿Ha salido?

—Esta mañana á las diez, ó las once más bien.

—¿Y no ha vuelto aún?

—Yo no la he visto entrar, pero puede ser que esté en casa... No hace más ruido que un ratón; cualquiera diría que teme que yo la vea.

—¿Para hablarla de los dos meses que debemos?...

—¡Tres!—observó la portera.

—¡Tres!—dijo Escoubere con contrición.—Es posible. ¡Cómo pasa el tiempo, mi buena señora Guignard.

—Eso es lo que dice el propietario, el señor Quillet. Hace dos días estuvo aquí, y está muy descontento. Dice que nadie le paga, excepto el señor Villetot.

—Sí, lo comprendo; yo en su lugar estaría también dado á los diablos. Decidle que estamos animados de los mejores deseos de pagarlo.

—Sí... lo sabe... pero preferiría uno ó dos billetes de banco, ó algún luis de cuando en cuando... ¡Lo mismo que vuestros vecinos los Krug! ¡Buenas gentes, tranquilas, honradas, pero que no pagan!

—¡El señor Krug llegará á adquirir una posición!... ¡Tiene un gran talento!

—¡Tal vez llegue, pero entretanto su familia ayuna!... ¡Si no fuera que la madre gana algo en el Odeón, les sería preciso oprimirse el vientre!

—¿No ha regresado de su viaje á las inmediaciones de Blois?

—Su mujer le espera esta noche.

—Ahora traerá dinero. Ha ido á restaurar unos cuadros antiguos.

—¡Sí, á una iglesia pequeña!... ¡No traerá ninguna fortuna!

—¡Lo siento!... ¡Bueno, yo subo! Decid á mi mujer que no se entretenga en la escalera. Tengo el estómago como un farol y esta noche hay que cantar de firme. ¡Cuando se tiene vacío el estómago!...

El barítono subió de cuatro en cuatro los sesenta escalones que le separaban de su cuarto. Al meter la llave en la cerradura, el corazón le latía con fuerza.

Siempre que entraba en su casa, este órgano, tranquilo y regular en tantos otros, tenía en su pecho sobresaltos desordenados.

Era que iba á volver á encontrar á aquella Elena, á quien adoraba, por la que hubiera querido ser rico, la que representaba para él todo lo que puede encantar, llenar ó consolar una existencia.

Sufrió un desencanto.

La habitación estaba vacía.

Escoubere principió á registrar los cajones con el deseo de encontrar en ellos algo que le fortaleciese, y los revolvió inútilmente, cuando de pronto entró Elena muy fatigada.

El gascón se fué hacia ella, la cogió entre sus brazos, y besándola exclamó:

—¡Qué bien hueles! ¡Oh juventud!

Y vivamente añadió:

—¡Es preciso que tome algo! ¡Esta noche hay que cantar mucho!... ¿Sabes? Volvemos á hacer *Carmen* con Galli... ¡Desean un éxito!... ¡Lo obtendremos!... ¡Eso es soberbio!... ¡Qué música, santos cielos!... ¡Ya estás aquí por fin... aunque no demasiado pronto!

Elena volvía la cabeza para escapar á las caricias que su esposo la hacía.

Peró éste, sin dejar de encarecerla la necesidad que tenía de tomar algo y la prisa con que debía hacerlo, se sentó en una silla, atrajo hacia sí á su mujer, la sentó á su lado, y mirándola fijamente la preguntó:

—¡Vamos á ver! ¿De dónde vienes?

Elena se puso ligeramente pálida. Su resolución estaba tomada. Su marido no pudo notar en su rostro, de un blanco mate, más que un gran cansancio y desaliento, cosa que notaba en ella hacía ya largo tiempo.

—¡No me preguntes! ¿Que de dónde vengo? De correr inútilmente de un extremo á otro de Paris, como siempre... Primero he ido á ver á esa señora de quien nos han hablado...

—¿Los vecinos?

—Sí... la señora Krug; la he visto en su teatro. Alardea de tener muchas relaciones. ¡Bien podía proporcionarme discípulas!...

—¿En resumen, nada?

—¡Así es!... Me ha enviado á una docena de casas... ¡Ya sabía yo lo que me esperaba!... ¡He ido por deber... por no tener nada que echarme en cara!

—¿Y nada, verdad?

—¡Como siempre!

—¿Y te impacientas?

—¡Es claro!... ¿Qué he de hacer?

—¿Mucho?

—Hasta el extremo, si te he de ser franca, de sentir á veces que me impedirias, allá, en Montmartre, llevar á cabo...

Escoubere la tapó la boca con la mano.

—¡Vamos, no digas tonterías! ¡Yo te aseguro que pronto cambiará esto! ¡Sé que van á aumentarme el sueldo! Pediré un anticipo de mil francos para pagar las deudas, é iré abonándolo poco á poco por medio de descuentos en mi paga... ¡Ya no nos molestará más la portera con sus tres mensualidades!... Después todo marchará bien. ¡Ya verás! ¡No más preocupaciones, no más miseria! Estaremos como el pez en el agua. Por mi parte, yo no soy desgraciado. Teniéndote á ti á mi lado, me considero más rico que Rothschild.

Elena no comió, pero su marido lo hizo bien.

Escoubere repetía, teniendo entre sus manos las de su mujer:

—¡Ya verás, ya verás! ¡Todo vendrá á la vez! Pero no has comido y eso me disgusta. ¡Ten ánimo! ¡Ah, tú no has nacido para vivir en la miseria!

Hacia largo rato que se había hecho de noche. Una lamparita alumbraba débilmente la cocina; por eso no pudo ver Paulino que su mujer se puso súbitamente colorada al oír que él expresaba perfectamente en estas frases el estado de su alma.

—¡Nada me apocará, mientras te tenga á mi lado para alentarme!

Elena no contestó.

Escoubere hablaba con calor. Elena permanecía muda.

Había una razón para aquella indiferencia.

Y en su ceguedad de enamorado, él no pensaba en esa razón.

Paulino estaba loco por aquella criatura, fragil y encantadora, que una casualidad había arrojado en sus brazos. La amaba con delirio; estaba orgulloso de ella, como otros lo están de un talento ó de una fortuna.

El estaba acostumbrado á todo: hijo de un obrero del puerto de Burdeos, huérfano desde muy pequeño, vino á Paris por etapas, pasando por Angulema, Poitiers y Tours, permaneciendo algunos meses en cada una de estas ciudades, de criado, de mozo de almacén y de ayuda de cámara en Orleans, en donde su amo, que

se había fijado en la buena voz que tenía, consiguió que entrara en la capilla de la Catedral, de donde tuvo que salir para entrar en el ejército.

Por suerte, el último punto en que le había tocado de guarnición había sido París, y su capitán, que le había tomado cariño, le facilitó los medios de perfeccionarse y de cultivar su arte, que debía llevarle á la capilla de San Roque y á los coros de la Opera Cómica.

Era bohemio por naturaleza, acostumbrado á sufrir y á estar siempre lleno de privaciones y en todas partes se encontraba bien.

Elena era una mujer, mejor dicho, una sensitiva, un manojo de nervios con un cutis satinado, que la más mínima cosa la resentía y la menor humillación la molestaba.

La oscuridad que envolvía su nacimiento, el misterio que lo rodeaba y que ella hubiera querido descubrir, su infancia, abandonada, sin otra indicación que aquella nota del acta de su nacimiento en el registro civil de París —nacida de padres desconocidos— y el apoyo temporal del misterioso donante que, durante dieciocho años había atendido á sus necesidades, contribuían á hacerla más sombría y más susceptible que la criatura educada en familia, aunque ésta sea pobre, y que sabe al menos su origen.

Por otra parte, los días se le hacían muy largos.

Mientras que su marido iba á sus quehaceres, ella quedaba sola con sus pensamientos, esperando discípulas, que no llegaban.

Y por fin, cosa que era más grave aún, no amaba, no había amado nunca.

Sentía por Escoubere un agradecimiento infinito; pero sus corazones no habían latido al unísono ni un segundo.

—¡Diablo!— exclamó de pronto Paulino— me he retrasado y vóyme á escape, porque me esperarán. ¿Qué vas á hacer esta noche?

—Lo que de ordinario.

—¿Dormir?

—¡Eso quisiera!

—¿No te acostarás sin cenar? ¡Eso sí que no te produciría buenos sueños!

—No sería la primera vez.

—Ven á acompañarme. Entraremos en una panadería... Te traerás un pan...

—¿Para qué?

—¡Para comer... para que no te caigas de necesidad!... ¡Aun tengo algún dinero! Mañana pediré al cajero un anticipo. Hoy no me he atrevido. Ven.

Elena vaciló un segundo, pero tenía tiempo.

Se puso el sombrero y el abrigo y bajaron la escalera el uno detrás del otro.

Al pasar por delante de la portería, preguntó Escoubere:

—¿Y el señor Krug, ha venido?

—Hace un momento.

—¿Está bien?

—Muy bien. No ha vuelto solo.

—¿Cómo?

—Ha venido acompañado de una joven que quiere alquilar una habitación... ¡Otra desgraciada que me parece no tiene nada de sobra!

—¿Guapa?

—Muy guapa.

—¿Dónde la ha pescado?

—En el tren.

—¡Mire el pícaro del señor Krug, reclutando inquilinos para la casa!... Vete á verles, querida; eso te distraerá.

Escoubere cogió del brazo á su mujer y salieron de la casa.

El brazo de Elena temblaba bajo el de su marido.

Pensaba:

—¡Este será nuestro último paseo!

En la calle de Bonaparte entraron en una panadería y compraron un pan.

Cuando llegaron al muelle, Elena se separó de su marido, y éste, en un arranque de su pasión por ella, la estrechó contra su robusto pecho, como si hubiera tenido un presentimiento de su separación, diciéndola:

—¡Cuánto te amo, ángel mió!... ¡Hasta luego!...

Escoubere echó á andar á toda prisa.

Elena le vió marchar hacia el puente.

III

Fuga.

Elena, al separarse de su marido no podía menos de estar conmovida, al ver tanta abnegación, tanta sencillez y un buen humor que desafiaba todas las privaciones, todas las miserias, todos los asaltos de la mala fortuna.

Su resolución la parecía un crimen de monstruosa ingratitud y estuvo á punto de no llevarla á cabo.

Pero aquel alma tan altiva, estaba demasiado herida, había en ella demasiadas aspiraciones hacia el lujo que la atraía, sentía en la sangre una antipatia violenta hacia la pobreza y sus privaciones y nada, en fin, la defendía contra la tentación.

Una gota de agua es suficiente para hacer que se desborde un vaso demasiado lleno.

La señora Guignard se encargó de hacer que se derramara.

En el momento en que Elena entraba en su casa, la portera la salió al encuentro.

—¿Sabeis—la dijo—que he hablado al señor Escubere respecto á su deuda y me ha prometido procurar solventarla?... Yo no quiero molestaros, pero todo tiene su término.

—No lo olvidaremos... Estad tranquila—contestó Elena, y subió á su cuarto.

Pero ya habían tomado otro curso sus ideas. Volvía á ver la bonita casa de la avenida de

los Príncipes, en donde no tendría ya alquileres que pagar, sentía su dulce calor, respiraba sus suaves perfumes, y se decía:

—¿Qué bien se estará allí... qué paz... qué tranquilidad!

Solo que pensar en el conde Gabriel la causaba una sensación de frío.

Nada la inclinaba hacia él.

La parecía que un muro de hielo se interponía entre ellos. Sus sarcasmos, sus ironías, la desconcertaban.

Si debía sucumbir, no era por amor sino por tedio de la vida que llevaba, y á la cual no veía salida, sino por el contrario, cada día que pasaba, veía más oscuro y peor el porvenir.

No podía más. No se consideraba con fuerzas suficientes para sobrellevar una vida tan llena de privaciones, de miserias, de humillaciones.

Cuando llegó á su piso, la puerta de sus vecinos los Krug, estaba abierta.

El pintor la vió y ella tuvo que entrar.

Krug parecía estar solo con su hija, una niña de unos quince años, en cuya fisonomía no había una gota de sangre roja.

Cerca de esta niña, en la oscuridad vió Elena á otra joven de unos dieciocho años, á quien jamás había visto.

Esta joven estaba sentada en una silla y se mostraba sobrecogida, tímida y triste.

El Sr. Krug era un hombrecillo de unos cuarenta años apenas, de cabellos claros, de barba rubia, nada espesa, de nariz delgada y puntiaguda, de facciones expresivas, bastante

pálido y dotado de una mirada dulce y muy inteligente.

En resumen, su cabeza era una cabeza de pensador.

En aquella cara se adivinaba una pesadumbre del alma, una serie de privaciones y de decepciones sufridas con resignación y de injusticias soportadas con trabajo.

El mobiliario de aquella habitación era pobre y estaba reducido á su más mínima expresión.

Pero las paredes de la habitación estaban cubiertas de bocetos, de cuadros, de estudios, pegados por todas partes en donde había un espacio.

Las mesas estaban llenas de papeles, de cajas de pinturas ó de lápices.

Los había en la alcoba, en el comedor y hasta en la cocina.

—¿La señora Krug está en el Odeón?— preguntó Elena al pintor.

—Sí. Afortunadamente, porque ella es la que sostiene casi la casa, la pobre mujer.

—Habeis debido hacer un buen viaje.

—Regular... Fué una suerte encontrar á ese señor cura en el Louvre... Me dió trabajo por algún tiempo; pero las restauraciones y las copias dan poco... ¡Doseientos francos por seis semanas de trabajo y el viaje pagado, he ahí todo!

—Poco es.

—¿Y vuestro marido? ¿Siempre alegre como un pinzón, siempre riendo, siempre cantando?

—¡Sí, y sin embargo no hay por qué!

—Siempre está de buen humor, y el trabajo no le arredra.

—Sí, pero no prospera.

El pintor hizo un gesto de compasión.

—¿Estáis de mal humor?—la dijo.

—¡Tal vez!

—Dejadme presentaros á una pobre joven más desgraciada, que vos, de seguro, porque no tiene á nadie á su lado que la aconseje y sostenga... Será mi discípula.

Los labios de Elena expresaron verdadera compasión.

—¿Queréis hacerla también artista?—dijo.

—Lo es.

—¿Tan joven?

—Tiene mucha disposición.

—¿Cómo lo sabéis?

—He visto dibujos suyos. ¡Es un hallazgo!
¡Es una discípula de la madre naturaleza!

—¡Ah!

Elena se aproximó á la protegida del pintor.

—¿Acabáis de llegar á París?—la preguntó.

—Sí, señora.

—¿De dónde venís?

—De un país pobre, de la Sologne.

—¿Por qué no os habéis quedado allí?

—Porque eso era imposible.

—¿Tenéis allí parientes?

—Hermanos y mi madre anciana...

—¿Y han consentido que vinierais sola?...

—Los he abandonado por necesidad.

—¿Y no tenéis ningún apoyo?

—Ninguno.

—¿Ni recursos?

—Muy pocos.

—¿Esperáis, sin embargo, encontrar medio de vivir en este infierno de París?

—Es preciso.

—¡Ay de mí!—murmuró Elena!

No la preguntó cómo se llamaba.

De una ojeada había penetrado una parte del misterio de aquella huída, un pedazo del drama de aquella existencia entregada á la desgracia, no dudaba de ello.

—¿Cómo os vais á arreglar con una persona más en casa?—preguntó al pintor.

—¿Como podemos! ¡Mañana arreglaré la buardilla que está encima de nosotros! ¡Ciento veinte francos de alquiler! ¡No es mucho!... ¿Vendréis á vernos?

—¡Sí, sí!... ¡Buenas noches!—dijo inclinándose, y salió.

Pero pensaba :

—Mañana estaré lejos de aquí!

Cuando entró en su cuarto sintió una sensación de frío que la heló el corazón.

No la quedaban más que algunos instantes que pasar en aquella casa, que iba á abandonar para siempre, y al pensar en aquella pobre joven que había visto en casa del pintor, comprendía mejor que nunca las palabras que Escubere le había dicho poco antes.

—¡Conozco gentes más desgraciadas que nosotros!

¡Si ella hubiese podido penetrar el secreto de aquella fuga, la causa de aquella vergüenza, si hubiera podido conocer el drama comenzado en la Boca del Lobo y terminado en

Blois, ante el tribunal, tal vez un nuevo escrúpulo, algún temor misterioso, la hubiese detenido en aquella huida!

No se dijo más que, pensando en aquellos vecinos tan atentos con ella, tocada en el fondo del alma por la miseria de que les veía rodeados:

—¡No les olvidaré! ¡Si puedo, encontraré medio de ayudarles!

Daban las nueve en Saint-Germain du Prés y como el tiempo apremiaba, se sentó ante una mesita que la servía de escritorio, tomó papel y, con los dedos medio helados, escribió lo que sigue:

«Mi querido Paulino:

»Voy á darte un gran disgusto.

»¡Te abandono!

»Esto es cobarde, lo sé. Me lo he repetido mil veces. He luchado contra la tentación que me asaltaba. He tratado de rechazarla, pero el cansancio, el aburrimiento, el disgusto de la pobreza, me han vencido.

»Parto.

»Cuanto esta noche hablamos te engañé.

»No he ido á mendigar discípulos, á buscar lecciones.

»Lo he hecho demasiado otras veces.

»Tengo horror á esas bajezas inútiles, á esas súplicas á gentes que desprecio y que se burlan de nosotros.

»He reconocido la inutilidad de esas excursiones degradantes después de haber usado mucho mis botas en ellas.

»Renuncio á seguir haciéndolas.

»Me preguntastes de donde venía.

»He pasado mis horas de ausencia en conversación con un amante.

»Empleo esta palabra como la más amarga de las ironías.

»No amo á ese hombre.

»No amo á nadie.

»Mi corazón está cerrado, mi alma ulcerada desde hace muchos años.

»Bien lo vistes tú la noche maldita en que hubieras hecho mejor en dejarme morir!

»Estaría libre de la carga tan pesada para las abandonadas como yo á quienes un padre miserable y una madre más miserable aún, entregan á los azares de la vida, sin guía, sin sosten y sin medios de existencia.

»Muerta, hubiera acabado de sufrir y tú no sufrirías en este momento el atroz dolor que te causo, maldiciéndome á mí misma por tanta indignidad.

»Ese hombre es rico.

»Le he gustado. Me lo ha dicho. Me ha propuesto una venta y la he aceptado, he aquí todo.

»No intentes conocerle, sería inútil, y además, ¿qué podrías contra él?

»¿A los que disponen de una gran fortuna, no les es posible todo, no les está permitido todo?

»La prueba de ello es que yo no le amo, que no le amaré nunca, de seguro, y que hago lo que él quiere.

»¿Te acuerdas del día que obtuvistes para mí un billete de favor para la Opera?

»Ponían *Fausto*.

»Yo tenía una butaca de anfiteatro y te aseguro que estaba humillada con mi pobre *toilette*, en medio de tantas mujeres cubiertas de diamantes, como me rodeaban.

»Un abonado á las butacas de orquesta, estuvo casi todo el tiempo vuelto hacia mí.

»Sus gemelos no se separaban de mí.

»Esta insistencia en mirarme, me humillaba, casi me irritaba.

»Evidentemente debía admirarse de verme á mí tan sencillamente vestida, entre mujeres que rivalizaban en lujo y elegancia.

»Pocos días después me volví á encontrar con él.

»Y después le he vuelto á ver con frecuencia.

»Parecía estar al corriente de la hora en que yo salía y á dónde iba.

»Se decidió á hablarme y primero le escuché con repugnancia, después con satisfacción.

»Hoy el trato está hecho.

»El me dá una casa rodeada de jardines y amueblada con todo lo que puede hacer la vida fácil y agradable.

»¡No me es posible expresarte hasta qué extremo me desprecio por tal debilidad!...

»Cedo, sin embargo, preguntándome de qué cieno estoy hecha.

»Pero la suerte está jugada.

»Adiós amigo mío.

»Reunidos, la vida nos era demasiado pesada.

»Separados, tú recuperarás tu independencia y bienestar.

»Te dejo algún dinero.

»No lo rechaces... ¿No es un poco de libertad lo que él representa?

»¿Si nosotros lo hubiésemos tenido hubiéramos sufrido tanto?

»No te olvidaré jamás.

»Te reservaré el mejor puesto en mi corazón; el de un amigo animoso, dulce y bueno, que no ha tenido nunca para mí más que ternura y generosidad.

»Adiós.

»¡Tu no podrias maldecirme más que yo misma me maldigo ni despreciarme más que yo misma me desprecio!...

»¡Adiós por última vez, y para siempre!

»¡Olvidame! ¡No valgo ni el recuerdo!

»ELENA.»

Pusó la carta sobre los diez billetes de mil francos del conde Gabriel de Corbière, colocó todo bajo un prensapapeles y se dispuso á salir.

En el momento de franquear el dintel dirigió una mirada á los objetos familiares que iba á abandonar para siempre, con remordimiento de cortar también para siempre, el hilo que la unía á aquella pobre casa, y, vivamente, pasó, empujó la puerta y bajó.

Era preciso afrontar por última vez la portería, ante la cual habia sido detenida tantas veces.

Lo fué una más.

—¿Salis?—la preguntó la portera.—¿Tan tarde?

Elena la contestó una mentira.

—Voy á esperar á mi marido. Lo hemos convenido así.

—¡Vais á helaros!... ¡Hace un frio horrible!

—¡Tanto peor!

Cuando salió á la calle, el frio la hizo temblar en efecto.

Por un momento estuvo á punto de faltarla el valor.

Había dicho la verdad á su marido; no amaba al conde Gabriel.

Ahora bien, ¿no es para la mujer que conserva un resto de orgullo y de pudor el más cruel suplicio el caer en falta sin amor?

Continuó su camino sin embargo.

El cupé estaba en su puesto en la plaza de Saint-Germain des Pres.

Los faroles arrojaban enfrente de la iglesia una luz que deslumbraba.

Se aproximó al cupé temblando.

Se entreabrió la portezuela: una mano se extendió hacia ella y una voz conmovida la dijo muy bajito.

—¡Ven!

Elena obedeció.

El cupé partió en seguida.

Entonces el conde la dijo loco de alegría.

—¡Al fin me pertences!...

IV

El golpe de maza.

Cuando, hacia media noche, abandonó Escoubere la plaza de Favart, en donde estaba todavía la antigua Opera Cómica, no pensaba ni en los tres meses de alquiler, ni en lo vacío de su bolsa, que no contenía dos francos, ni en lo fría que estaba la noche; no pensaba más que en la promesa que le habían hecho de darle los mil francos, y en que tendría en adelante doscientos francos mensuales.

¡Principiaba para él una era de extraordinaria felicidad!

Estaba por esto muy contento.

Hubiera querido ponerse de un salto del otro lado del Sena para encontrarse antes al lado de su adorada.

Pero no podía saltar, estaba detenido por Brossois, un hombre alto, huesudo, moreno, con cabeza de montañés de los Pirineos, pómulos hundidos, pupilas del color del carbón y boca pequeña, de la cual salía de cuando en cuando una voz de bajo profundo.

Chantre en su aldea, en los alrededores de Lourdes, había ido, como Escoubere, por etapas, hasta París, y como el gascón, había entrado en la capilla de San Roque y en la Opera Cómica, en los coros.

Allí se habían hecho amigos íntimos, aunque el bajo tenía cerca de diez años más que el barítono.